

interés público

por miguel ángel granados chapa

\* La Injuria como arma

\* De los dos poderes

Después de una cuidadosa meditación, he resuelto dejar registrar en estas páginas de un suceso que sería imposible <sup>pasar</sup> dejar ~~pasar~~ inadvertido. Sólo añadiré alguna reflexión sobre el carácter general de el episodio, Me abstengo por ahora de analizar ~~xfondo~~ específico de la cuestión, porque el tono con que se ha manejado la cuestión ~~se~~ cancela por entero las posibilidades de una discusión sana y seria del asunto.

Me refiero, naturalmente, a las injurias publicadas en la primera plana de Excélsior los primeros días de la semana pasada, a las faltas a la verdad contenidas en esos mismos textos. Pero como se trata de hacer constar los hechos, vaya, os a ellos. Editorial Grijalbo terminó de imprimir "en enero de 1985" dice el colofón, el libro de Manuel Becerra Acosta titulado Los poderes. Se trata de las memorias del autor (director general del diario unomásuno) sobre su paso en Excélsior, donde trabajó desde fines de los años cuarenta hasta 1976, y donde llegó a ser subdirector. Un capítulo del libro fue publicado en el suplemento Sábado el 12 de enero. El 25 de ese mes apareció el primer barrunto de tormenta. En la columna que dos veces por semana publica en la primera plana de Excélsior Gastón García Cantú desde su segundo regreso a ese diario (ocurrido hace tres meses) el primero tuvo lugar en septiembre de 1982) aparecieron una serie de peculiares epigramas. Uno de ellos decía: "De la lógica simbólica: uno más uno, igual a cero". El lunes siguiente, 23 de enero, sin embargo, se produjo el estallido. García Cantú dio cuenta de la aparición del libro de Becerra Acosta, lo denostó y

## Interés público/2

dio su versión sobre sucesos narrados por el director de unomásuno en que figura el escritor poblano. García Cantú dedicó amplio espacio en su extenso artículo a ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ explicar por qué había vuelto a Excélsior, siendo que había salido de ese diario el 8 de julio de 1976, tras la revuelta interna con apoyo externo que arrojó de la dirección y de la gerencia a don Julio Scherer y don Hero Rodríguez Toro.

Pero al día siguiente se produjo un acontecimiento provocador de un gran escándalo: el así llamado director general de Excélsior, Regino Díaz Redondo, fulminó contra Becerra Acosta un largo panfleto que será incluido en la historia de la prensa mexicana por su lenguaje salaz, que más pintaba al autor que a su presunta víctima. Es seguro que jamás en las páginas de un diario de la influencia que ejerce Excélsior se hayan publicado expresiones tan soeces, producidas por un ánimo tan turbio como las que se imprimieron en el número 24,719 del periódico fundado por Rafael Alducin el 18 de marzo de 1917. Presuntamente, Díaz Redondo buscó precisar hechos relatados por Becerra Acosta (ambos fueron amigos estrechos) y lo que consiguió fue un estremecedor catálogo de injurias que nada tienen que ver con la seriedad que un debate público entre directores de diarios exigiría, y mucho menos con las pretensiones del actual Excélsior, y naturalmente con su historia.

(Díaz Redondo cita, como argumento de autoridad en ese texto al gobernador Alfonso Martínez Domínguez ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~, a quien elogia. Expone Díaz Redondo una conversación sostenida con el ex líder del PRI en que éste se queja de la ingratitude de Scherer pues correspondió con ofensas a favores que Martínez Domínguez le hizo, de los cuales se citan dos: haberlo ayudado a llenar con voto falsos las urnas que sirvieron para hacer director de Excélsior a

Interés público/2

don Julio, y haberle solicitado a su hermano Guillermo, a la sazón director general de la Comisión Federal de Electricidad, un préstamo para pagar la nómina de Excelsior.

Es difícil que haya quien confíe en la palabra de Martínez Domínguez. Bastaría recordar su afirmación de que la agresión del 10 de junio/no había sido tal, sino un encuentro entre estudiantes, y contrastarla con la versión ampliamente difundida por él mismo de que él estaba en Los Pinos durante esa aciaga tarde, como testigo inmóvil de lo que Echeverría ordenaba a subordinados suyos. Por eso es fácil entender que mienta al referir esos dos episodios. Asegura que siendo diputado ocurrió la elección de don Julio. Eso es falso: Martínez Domínguez dejó de ser diputado el 31 de agosto de 1967, y Scherer fue escogido director por la cooperativa exactamente un año después. El fraude, por consiguiente tampoco existió. La elección fue vigilada por órganos internos de la cooperativa y por representantes de los candidatos. Nunca fue objetada dicha elección, y ni siquiera se la cuestionó en corrillos y hablillas. Por lo demás, ¡qué ilustrador desliz psicológico del gobernador de Nuevo León!: inventarse llamado a practicar un arte en el que ha de suponerse experto.

La lógica política y mercantil ayuda a descreer de su otro infundio. Asegura que Scherer necesitó en cierto momento efectivo para la nómina, y que él pidió a su hermano Guillermo un préstamo de la CFE, que éste giró de inmediato, no obstante lo cual al día siguiente un titular le era adverso, hecho que el entonces director de Excelsior justificó diciendo que de ese modo nadie creería que por ese favor el diario había perdido su independencia.

Después de los años difíciles del comienzo como cooperativa, en la primera mitad de los treinta, en que los trabajadores de

interés público/4

Excélsior se redujeron voluntriamente los salarios para que su empresa saliera avante, la solidez económica de ese negocio fue creciente. Sólo cuando se produjo, entre agosto y diciembre de 1972, un boicot de anunciantes privados, sufrieron las finanzas de esa cooperativa. Es seguro que nunca en ningún momento anterior faltó ni siquiera liquidez para enfrentar los compromisos normales del periódico. Pero suponiendo que así hubiera sido, es difícil suponer que Scherer hubiera acudido a Martínez Domínguez y que éste le hubiese hecho el servicio que relata. Después de las informaciones de Excélsior sobre el conflicto de 1968, el Presidente Díaz Ordaz tomó inquina contra ese diario y su director. Eso era público y sabido. En las tradiciones de sumisión al presidente, a las que se apega tanto Martínez Domínguez, ¿tuvo el valor para arrostrar el riesgo de que su jefe, y amigo, se enterara ~~MM~~ de que ayudaba a quien consideraba su enemigo? ¿hacía un doble juego frente al Presidente?. Yo creo que ese préstamo existió sólo en la mente del gobernador de Nuevo León. Pero al narrarlo cometió otro desliz: ¿de modo que él, y/o su hermano, disponen o disponían entonces del dinero público para hacer favores privados?

El miércoles 30,

El episodio periodístico siguió su curso./Juan Lezama ripostó en unomásuno al sicalíptico texto de Díaz Redondo, aludiendo en Baja la rueda a su origen español. Ese mismo día, el llamado director general de Excélsior continuó la publicación de sus "Apuntes para decir mi verdad", en que dio su versión sobre el 8 de julio de 1976, en que con el auxilio del Presidente Echeverría derrocó a Scherer de la dirección general y se aupó en ella. El jueves 31, Lezama culpó a la sociedad, por su desmemoria, de esa clase de periodismo, y el editorial de Excélsior convirtió en institucional la actitud de su director que hasta ese momento era personal. Becerra Acosta, en

interés público/5

fin, dio su respuesta a García Cantú y Díaz Redondo el viernes 10 de febrero bajo el título "Agresión de la antihistoria", en que con un tono combativo pero sin incurrir en la extralimitación de su antiguo compañero de redacción y de grupo político reitera su denuncia al carácter ambiguo y aprovechado de los artículos de García Cantú (cita, por ejemplo, el "Retrato de familia" en que el escritor poblano censura al candidato López Portillo, siendo que trabajó en su gobierno cuando se convirtió en Presidente) y la ilegítima toma de la dirección de Díaz Redondo. Sale garante, por cierto de la legalidad en la elección de Scherer como director general, testimonio que es de tenerse en cuenta en todo el debate porque en su libro Becerra Acosta no se muestra anímicamente cercano a Scherer, de quien se distanció cuando éste fundó Proceso y Becerra Acosta eligió, primero, la reconquista de Excélsior y luego estableció unomásuno.

Se esperaba que el semanario dirigido por Scherer dedicara espacio en su número de esta semana al asunto. Debe recordarse que el subdirector de la revista, Vicente Leñero, publicó en junio de 1978 su novela Los periodistas, que ha alcanzado ya siete ediciones. En ella cuenta su percepción de los hechos que han revivido con motivo del libro de Becerra Acosta, que por lo mismo está alcanzando una circulación muy rápida, que no tuvo la parte inicial de sus memorias, aparecidas en 1983 con el título Mis primeras andanzas.

Aunque no haya concluido el episodio, ya es posible, y necesario, reflexionar sobre su perfil general. Con justeza los lectores de Excélsior se asobraron y desagradaron por el tono impreso por Díaz Redondo a su alegato. No es que el lenguaje escandalice, de suyo. Nadie es tan mojigato para asustarse de que Martínez Domínguez

cuento que mandó a la chingada a Scherer. Es la combinación de la actitud, la desproporción, los antecedentes, las personalidades y la magnitud del diario, lo que resulta azorante.

Como profesionales de la prensa, hemos de protestar porque ese gébero de discusión promueve, en el público en general, en las autoridades en particular, una falsa idea sobre lo que es el periodismo. Así son algunos periodistas, así son algunos órganos de prensa. Unos no tienen el empaque racional y ético para comprender la trascendencia de su trabajo. Otros han caído en tal conflicto interno de modo permanente, que están ayunos de la reflexión colectiva necesaria para ejercer la responsabilidad social que deben desplegar. Pero no todos los diarios son así. No todas las publicaciones pueden ser medidas por el mismo rasero.

En un cuento que he narrado más de una vez, un chico llega a su casa enfurruñado, molesto consigo mismo. Su madre advierte de inmediato el malestar y pregunta por sus causas. El muchacho admite no tenerlas todas consigo, y confía a su madre que está así por haber mentido durante una breve encuesta hecha esa mañana en el colegio. "Dije que mi padre era pianista en un burdel", puntualiza al explicar que se preguntaba en el interrogatorio sobre la ocupación del padre. "¿Y por qué no dijiste la verdad, que es periodista?", sorprende la madre.

--Es que me da vergüenza, --concluye el chico.

También a nosotros nos daría vergüenza confesar nuestro oficio si el episodio al que hemos dado registro hoy fuese todo el periodismo posible. Pero no es así.